
APROXIMACIÓN A LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LAS GALERÍAS SUBTERRÁNEAS DE OSUNA

Por

ÁNGEL LUIS VERA ARANDA,
GENARO ÁLVAREZ GARCÍA y
JOSÉ MOLINA RODRÍGUEZ.
Asociación Sociedad Espeleológica Geos
(Sevilla-España)
Exploraciones e Investigaciones Subterráneas

EN el año 2006, la Sociedad Espeleológica GEOS de Sevilla, inició un estudio para investigar las galerías subterráneas de abastecimiento de agua que recorren el subsuelo de la ciudad de Osuna. Tres años después de iniciada esta investigación, hemos recopilado una serie de datos sobre la Historia de estas conducciones que presentamos en este artículo.

Debido al gran desconocimiento que existía sobre estos conductos y a las escasas referencias históricas que sobre ellos se conservan, no es posible aventurar todavía muchos datos concretos sobre los mismos. Los estudios que estamos realizando están iniciando ahora su fase principal y esperamos que en los próximos años podamos contar nuevos datos que ayuden a comprender el origen y la evolución de esta importante infraestructura hídrica.

Osuna es una población que ha estado permanentemente habitada durante los tres últimos milenios, aproximadamente. Se encuentra en una región con precipitaciones no demasiado elevadas y cerca de ella no pasan grandes cursos de agua que puedan abastecer a su población. Sin embargo, la ciudad ha prosperado considerablemente en determinadas épocas de su Historia y ha dado cobijo a un importante número de habitantes que probablemente en siglos anteriores se acercó, si no superó, los diez mil.

Esto no hubiera sido nunca posible de no haber existido en su subsuelo un importante depósito natural de agua cuyo manantial se encuentra bajo el conjunto urbano de la población.

No deja de resultar curioso que la mayor parte de las investigaciones arqueológicas e históricas soslayan este hecho y, sin embargo, expliquen ampliamente la antigüedad y la importancia del poblamiento basándose en otras consideraciones como el emplazamiento estratégico de la parte alta de la ciudad, la rica campiña que la rodea, etc.

Sin embargo, para que la ciudad haya prosperado a lo largo de la Historia era preciso abastecer de agua tanto a sus habitantes, y al ganado, como al riego de las huertas que en otros tiempos la rodearon; sólo así se explica la importancia de su rico pasado.

Muy cerca del Cerro de los Paredones, exactamente justo bajo los muros de la Colegiata, existe una acumulación de agua que, canalizada por una galería de unos 500 metros de longitud, recorre parte del subsuelo de la ciudad. Es esta una obra muy poco conocida para los osunenses, puesto que discurre a más de veinte metros de profundidad del nivel de la superficie, pero es de aquí de donde la población se ha venido abasteciendo de agua durante unos dos mil años, probablemente.



En realidad se trata de una galería con tres niveles distintos, cada uno de ellos con un cometido diferente. Y es posible que futuras investigaciones nos permitan conocer que esa red que discurre bajo la población, es en realidad bastante más amplia y compleja, aunque para investigar ese hecho se necesitarán una serie de medios y de actuaciones que todavía no se han puesto en funcionamiento.

Estos tres niveles de la galería poseen características muy distintas. Existe un primer nivel superior, bastante estrecho y de difícil acceso, que discurre justo por encima del nivel principal. No sabemos cuál era exactamente su cometido, pero parece lógico pensar que se trataba de una galería de mantenimiento de la inferior, que es la principal, sobre todo cuando esta se encontraba inundada, lo que suele ocurrir durante la mayor parte del año cuando las precipitaciones son abundantes y llegan a través del acuífero a la conducción más importante.

Esta galería principal se encuentra a un nivel intermedio entre las otras dos, a través de ella se canaliza el agua que sale del manantial y se conduce bajo la ciudad para abastecer a la población, siguiendo una serie de calles entre la que destaca la denominada Alpechín, desde la que se accede a este nivel de las galerías a través de una escalera helicoidal o de caracol situada junto a la plaza de la Merced.

El tercer nivel nos es prácticamente desconocido hasta el momento actual; se trata de los depósitos de decantación y de almacenamiento. Son depósitos de unos cinco metros de profundidad, pero desconocemos exactamente su anchura y su longitud ya que aún no hemos podido descender a los mismos. Es posible que en ellos se encuentren algunas de las claves que aún no conocemos para comprender de qué época son y quién construyó las galerías.

Tras esta somera descripción, cabe preguntarse por tanto ¿quién y cuándo pudo construir esta obra tan espectacular? A la altura de nuestro conocimiento actual, no es fácil responder a esta pregunta. Algunas hipótesis plantean la posibilidad de que las galerías se realizaran en el siglo XVI, pero tenemos constancia cierta de que son anteriores a esta época. La tradición las ha relacionado con la Torre del Agua de origen medieval, y esa posibilidad es más probable, aunque nosotros

nos inclinamos por un posible origen aún más antiguo, aunque todavía no poseamos datos fidedignos que nos permitan corroborar esta afirmación.

Barajamos la hipótesis de que la obra realizada sea de origen romano.

El posible origen romano lo defendemos por una serie de razones, en primer lugar el hecho de comparar lo que estamos estudiando en Osuna con otros complejos hipogeos que hemos analizado anteriormente, como ocurre con el de Alcalá de Guadaíra, aunque en ese caso los datos parecen un poco más seguros, dentro siempre de los posibles márgenes de error con los que nos movemos en estas cuestiones.



En segundo lugar nos basamos en el conocimiento de que la disposición de las galerías sigue la típica estructura de las conducciones de agua romanas descritas por Vitruvio en su 8º *Libro sobre la Arquitectura*, que dedica al agua, y en concreto en el capítulo 6º donde habla de las conducciones y de la captación de agua. Las galerías de Osuna responden al patrón descrito en esa obra: un depósito que recoge el agua que mana de una mina bajo tierra, una galería que se ha abierto tras haber sido picada sobre las areniscas y las calcarenitas, siendo la que conduce el agua a tres grandes cisternas o aljibes ubicados a casi 25 m. Es en estas cisternas en las que probablemente se producía la decantación de los limos y se dirigía el agua ya limpia hacia la población. También es muy importante la existencia de un sistema de lumbreras con una altura de más de 24 m., que se suceden en el recorrido de la galería aproximadamente cada 30 m., tal y como se especifican en las recomendaciones del propio Vitruvio.

Hay un tercer hecho importante aunque no decisivo, y es la única referencia indirecta a la riqueza hídrica de Osuna en la antigüedad. Esta cita está entresacada del libro titulado *Bellum Hispaniarum*, escrito quizás por Aulo Hircio, uno de los generales de Julio César, que también es conocido por su obra historiográfica y que probablemente añadió este capítulo a la obra titulada la *Guerra Civil*. Debió ser escrito con bastante probabilidad entre el año 45 y el año 43 antes de Cristo, y en él se dice textualmente:

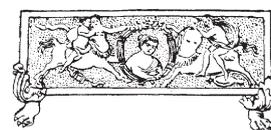
Fabio Máximo, a quien César dejó el cargo de estrechar el sitio de Munda, adelantaba continuamente sus trabajos..., de tal suerte, que estrechados los enemigos por todas partes, trataron de pelear unos con otros. Después que se ejecutó así una matanza cruel...hicieron una salida. No perdieron los nuestros la ocasión de señorearse de la plaza, donde todos los que se encontraron quedaron prisioneros. Desde aquí marcharon la vuelta de Osuna, ciudad defendida con grandes fortificaciones, cuya situación muy elevada hacía muy dificultoso el ataque, no sólo por las obras, sino por la naturaleza del terreno. Añadíase a esto no haber más agua que la de la misma ciudad, pues en todos los alrededores no se hallaba un arroyo en ocho millas de distancia. Favorecía esto mucho a los habitantes, y más que en seis millas no se encontraba ni césped para levantar trinchera ni madera para la construcción de torres. Porque Pompeyo, para dejar a la ciudad más segura de sitio, había mandado cortar toda la leña del contorno y meterla en la plaza. Así se veían los nuestros precisados a conducir todos los materiales de Munda, de la cual acababan de apoderarse.

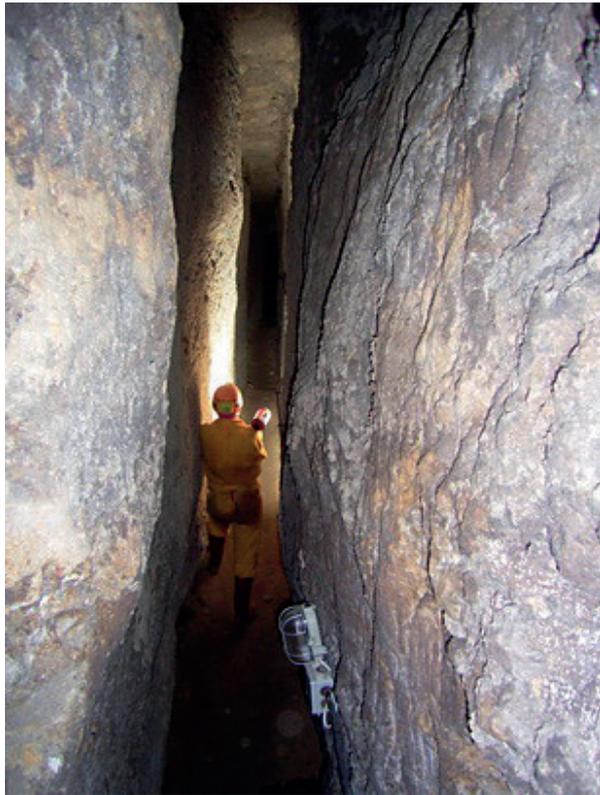
La cita a la presencia de agua dentro de la ciudad no deja de ser muy significativa, y difícilmente puede explicarse de no ser porque ya en aquella época el manantial subterráneo era conocido y se podía extraer de él el líquido necesario, no sólo para sostener un largo asedio, sino para que la población de la antigua Urso pudiera vivir.



Algunos escritores del siglo XVIII, hicieron referencia a la posibilidad de que Quinto Fabio Máximo Emiliano fuese quien, en el año 146 a.C., construyera la que posteriormente se conocerá como la Torre del Agua, pero dada la poca credibilidad que ofrecen sus narraciones, llenas de mitos y de leyendas carentes totalmente de rigor científico, no se puede conceder consecuentemente mucha veracidad a esta afirmación.

La actual Torre del Agua que conocemos es de origen medieval, y en concreto musulmán, pues debió ser construida a finales del siglo XII o comienzos del XIII en época almohade. Cuentan las crónicas que en ella se emplazaba la Fuente Vieja, que era la única que en esa época abastecía a la población de agua, de ahí el nombre que se le aplicaba por extensión a toda la torre.





Queremos reseñar que en la galería superior hemos encontrado un candil de origen almohade con una cronología similar a la de la Torre, lo que demuestra que ya hacia el año 1200, las galerías existían con toda certeza, y que por ellas transitaban los encargados de limpiarlas y de mantenerlas.

En el siglo XIII, Osuna fue conquistada por las tropas del reino de Castilla, pero durante la Baja Edad Media el conjunto urbano no evolucionó significativamente, por eso se seguía utilizando sin especiales problemas la Fuente Vieja de la Torre del Agua.

Pero en el siglo XVI la situación cambió. Tras la conquista de Granada los musulmanes fueron expulsados de la península, y los pueblos de la campiña del valle del Guadalquivir iniciaron un proceso de crecimiento que fue común en casi todos ellos. Osuna no fue una excepción, sino todo lo contrario; está atestiguado históricamente que la ciudad creció de una forma considerable durante la primera mitad de esa centuria. Es en ese momento cuando por ejemplo aparecen calles como Martos, Nueva, Cueto y Alpechín, bajo esta última discurre una buena parte de la galería subterránea.

Al crecimiento demográfico siguió un aumento de las necesidades de abastecimiento de agua de la población, y en ese momento apareció un grave problema porque la escasez de agua era enorme. Hacia 1524-25 se descubrieron una serie de canalizaciones subterráneas en varios sectores de la ciudad («Un acueducto de fuerte argamasa, tan alto que entraba por él un hombre y tenía a trechos muchos descansos y minas»), como sucedió en la zona del Ejido, por eso, el Ayuntamiento dispuso que se hicieran gestiones para averiguar de donde provenían esas canalizaciones ya abandonadas.

En 1903 Francisco Rodríguez Marín recogió pormenorizadamente el suceso de lo que aconteció en el año 1529 en su carta primera titulada *Las aguas potables de Osuna*. De forma resumida hay que decir que se trajeron de Écija a dos maestros albañiles para que investigaran un pozo que existía en casa de «un fulano de Talavera» y por el que al parecer se escuchaba discurrir el agua. Una vez que los dos hombres

descendieron, comprobaron la enorme obra que se había realizado allí, pero que estaba obstruida por el abandono, por lo que llegaron a un acuerdo con el Ayuntamiento para repararla. Fue tal la prisa que se dieron, que en menos de un mes ya estaba funcionando la canalización, y dos meses después se dieron por concluidos los trabajos.

Esa canalización a la que se refieren es la que hoy día conocemos y que, probablemente, llevaba varios siglos enterrada sin que nadie en la población conociera su existencia.

Y fue un descubrimiento importante, no sólo para las personas de la época que de pronto encontraron un caudal de agua mucho más grande del que hasta entonces gozaban, sino incluso para la propia estructura urbana de la ciudad.

Desde ese momento, y hasta un siglo después, algunos de los edificios monumentales que se hicieron en Osuna se ubicaron justo encima de la conducción de agua, de esa forma mediante las lumbreras existentes, convertidas en pozos, podían disponer de un abastecimiento continuo de agua limpia y fresca, y no lo desaprovecharon. En la actualidad nos encontramos bajo el actual aparcamiento de la Colegiata, donde se localiza la piscina que se abastece del nacimiento quizás procedente del cerro de los Paredones. También pasa por debajo del monasterio de la Encarnación, construido casi encima de los dos grandes depósitos, y posteriormente, ya en la primera mitad del siglo XVII, por el convento de la Merced, bajo el que discurre una de las galerías que hoy se halla cegada, en espera de que algún día se pueda desobturar.

Es interesante este hecho, porque es una muestra palpable de que a veces el plano que conocemos de las ciudades está bastante condicionado por las infraestructuras que existen en el subsuelo de la misma.

En el siglo XVIII, concretamente entre 1736 y 1746, se escribieron algunas obras que pretendían explicar la Historia de Osuna y de su ducado remontándose a hechos legendarios y mitológicos que nada tenían que ver con la realidad. Es lo que sucede con la obra de J. P. Benavides, titulada abreviadamente *Progresos de la villa de Osuna*, en la primera fecha citada, o la de F. García de Córdoba en la segunda, cuando publicó *Historia, antigüedad y excelencias de la villa de Osuna*. En ellas se dan abundantes noticias de los nuevos descubrimientos que se hacían por aquella época de galerías subterráneas hasta entonces desconocidas, y aunque muchos de los datos carecen de fundamento, otros, no obstante, deben ser tenidos en consideración.

Así hay noticias de que en 1736 se descubrió en la calle San Cristóbal «una cañería de fortísima materia y de atanores de extraña magnitud que por muchos días estuvo dando copiosos caudales». En 1741 se hallaban cloacas y conductos para la distribución del agua, mientras que en 1743 se descubrió una boca «profundísima» en la calle del Arce que se manifestaban unos arcos y una bóveda que se extendían hacia el centro del pueblo.

Debió ser durante este período, entre los siglos XVI y XVIII, cuando se construyó la escalera helicoidal o de caracol existente bajo la plaza de la Merced, desde la que es posible acceder al complejo subterráneo de las galerías. La forma tan peculiar que tiene la misma, así parece indicarlo.

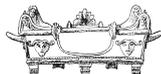
Las galerías fueron vitales para suministrar agua a la población durante muchos siglos, y eso fue así hasta el punto de que a principios del siglo XX, quizás entre 1927 y 1934 según la cartografía que se conserva de la época y algunas de las inscripciones que hemos hallado, se debió de instalar una línea de tendido eléctrico que permitiera bombear el agua hasta la superficie a los motores de extracción allí instalados, para que se pudiera abastecer mejor la población de la misma.

Es curioso observar como en los años posteriores a la Guerra Civil aparecen pintadas en las que se refleja la ideología y la situación histórica que vivía Osuna en esos momentos, en consonancia con la que había en España por aquel entonces, en plena época del régimen de Franco.

En 1948 se inició el proyecto de traída de aguas desde Pedrera a Osuna, y en 1950 se finalizó el primer depósito de aguas de la ciudad, que desgraciadamente destruyó la antigua cisterna romana de agua que poseía un tamaño enorme (72 metros de largo por ocho y medio de ancho). En 1963 se inauguró el segundo depósito. Estas obras eran imprescindibles para abastecer de agua a la población que llevaba probablemente dos mil años utilizando aquellas aguas subterráneas del Cerro de los Paredones.

Pero aún así, las galerías continuaron utilizándose puntualmente para el abastecimiento de determinadas viviendas o para el riego. Esta función se ha venido cumpliendo hasta el año 2000 aproximadamente, cuando los elevados niveles de contaminación de nitratos, potasio y sulfatos procedentes de los fertilizantes que se emplean en los campos de alrededor y que se filtran al manantial junto con las aguas de lluvia, aconsejaron prohibir la utilización de la misma y la clausura de esta fuente de abastecimiento.

Hoy día, a expensas de que ulteriores estudios nos permitan conocer mejor los secretos, sólo queda animar a las instituciones para que tan importante obra, que discurre bajo los pies de los ursonenses, sea conservada, restaurada y estudiada para todos los ciudadanos de Osuna y aquellos que quieren conocer este espacio subterráneo, pues interés y atractivo no le falta a la magnífica obra hipogea que se encuentra debajo de la población.



TULA, LA PASIÓN ROMÁNTICA

Por
JOSÉ MANUEL RAMÍREZ OLID
Catedrático de Historia

GERTRUDIS Gómez de Avellaneda nace el 23 de marzo de 1814 en Puerto Príncipe, actual Camagüey, en la isla de Cuba. Su padre, el marino Manuel Gómez de Avellaneda, nacido en Constantina, llega a la isla en 1809 con la graduación de teniente de navío. Allí se casa con la joven Francisca de Arteaga y Betancourt, perteneciente a la alta burguesía cubana. El matrimonio tiene cinco hijos de los que sobreviven solamente dos: Manuel y Gertrudis, a la que desde pequeña empiezan a llamar Tula. Su privilegiada situación económica, le permite recibir una educación esmerada, extraordinaria para una mujer de su época, particularmente en España, que «tendrá una gran trascendencia en su obra».¹ Lectora empedernida desde la infancia, domina el francés y el inglés, lo que le permite leer en lengua vernácula a los escritores que admira, sobre todo a los poetas, porque los sentimientos no son traducibles.

El 17 de abril de 1838 Gertrudis llega a Sevilla después de haber pasado una temporada en Burdeos y un año en La Coruña.² Allí conoce a un joven estudiante de Derecho, dos años menor que ella, del que se enamora perdidamente, como quizá sólo hayan sabido hacerlo los románticos, generación a la que pertenece por el tiempo y por los sentimientos. El hombre que ha desatado las pasiones de la todavía incipiente escritora se llama Ignacio de Cepeda y Alcalde de Baeza.

Cepeda

Nació en Osuna el 21 de enero de 1816, cuarto hijo de los cinco que tuvieron Felipe de Cepeda Ortiz de Abreu Paz y

Paz y María Agustina Alcalde de Baeza Sánchez-Jurado de la Calle y Angulo.³ Estudió Humanidades en el Colegio de la Asunción de Córdoba, para continuar después la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, donde se graduó en 1840.

Perteneciente a la poderosa familia de los Cepeda, descendientes por línea directa de Santa Teresa de Jesús, poseía una gran fortuna repartida entre Osuna, Almonte y La Palma del Condado. Preocupado por las nuevas técnicas agrícolas y por las más recientes investigaciones en este ámbito, viajó, a sus expensas, por Europa y Próximo Oriente, informando puntualmente de sus experiencias y hallazgos al Ministerio de Agricultura, por lo que fue recompensado el 12 de junio de 1852 con el título de Comisario Regio de Agricultura.

Establecido definitivamente en Almonte, donde crea una ganadería de reses bravas, fundó el 1 de enero de 1856 un Banco Agrícola, como los que había visto en Prusia y en Hungría, para prestar dinero con bajos intereses a los pequeños agricultores.

En 1866 fue elegido diputado a Cortes por el distrito de La Palma del Condado. Tras la revolución de septiembre de 1868, el pueblo de Almonte lo aclamó alcalde el 22 de septiembre.

El 16 de noviembre de 1906 falleció en su casa almonteña.

Sevilla

Gómez de Avellaneda se enamoró de él en el verano de 1839. La escritora, que desde el principio intuye la indiferencia de Cepeda, le escribe una autobiografía mezcla de diario y correspondencia, porque hablando de ella está pensando en él: «Es preciso ocuparme de usted –empieza la autobiografía el 27 de julio a la una de la madrugada–; se lo he ofrecido; y, pues, no puedo dormir esta noche, quiero escribir; de usted me ocupo al escribir de mí, pues sólo por usted consentiría en hacerlo». Es la finalidad subjetiva que esconde la *Autobiografía*, el placer que le produce escribir por y para el objeto amado. Pero existe también una finalidad objetiva, que consiste en recrear su vida, para que sea contemplada por el hombre que ama y quizá, de esa manera, atraerlo hacia sí: «Después de leer este cuadernillo, me conocerá usted tan bien, o acaso mejor que a sí mismo».⁴ Por ambos objetivos ella exige dos cosas: «Primera: que el fuego devore este papel inmediatamente que sea leído. Segunda: que nadie más que usted en el mundo tenga noticia de que ha existido».⁵

Termina la autobiografía con una posdata en la que la escritora muestra de nuevo sus dudas y vacilaciones, consecuencia de los arrebatos amorosos que soporta: «Para resolverme a dar a usted este cuaderno es preciso que le estime a usted tanto, tanto, que no le crea un hombre, sino un ser superior.

»No sé, pues, qué hacer; lo guardaré y seguiré, para darlo o quemarlo, el impulso de mi corazón cuando vea a usted por primera vez».

Esta autobiografía no fue escrita para ser publicada, porque, como afirma Luisa Elena Delgado, fue concebida «como estrategia de seducción»,⁶ pero también por un imperativo amoroso: mientras Tula en el silencio de la noche escribe sus vivencias al hombre que ama, lo tiene presente. No está sola, está acompañada, porque le está hablando a él.

Las cartas que Avellaneda le escribió las conservó Ignacio de Cepeda, así como la *Autobiografía*. Cuenta José M^a Cepeda, descendiente de Ignacio, que éste mantuvo intacto hasta el final de su vida el cariño que sintió por Gertrudis: «Siendo ya muy anciano y con la vista fatigada, D. Ignacio convocaba a veces a sus nietos mayores, nietos entonces que acababan de aprender las primeras letras, les daba algunas de las cartas y

³ FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, F.: *Anales de la nobleza de España*. Anuario de 1883. Madrid, Librería de los Sres. Simón y Osler, 1883, pág. 424.

⁴ GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis: *Autobiografía y Cartas*. Estudio y notas de Lorenzo Cruz-Fuentes. Diputación Provincial de Huelva, 1996, pág. 41.

⁵ *Autobiografía...*, pág. 41.

⁶ ELENA DELGADO: *Op. cit.*, pág. 10.

¹ ELENA DELGADO, Luisa: «Gertrudis Gómez de Avellaneda: escritora, feminidad y reconocimiento». En FERNÁNDEZ, P.-ORTEGA, M^a L.: *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el s. XIX*. Madrid, 2008, pág. 204.

² BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *Una vida romántica: La Avellaneda*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, pág. 137.